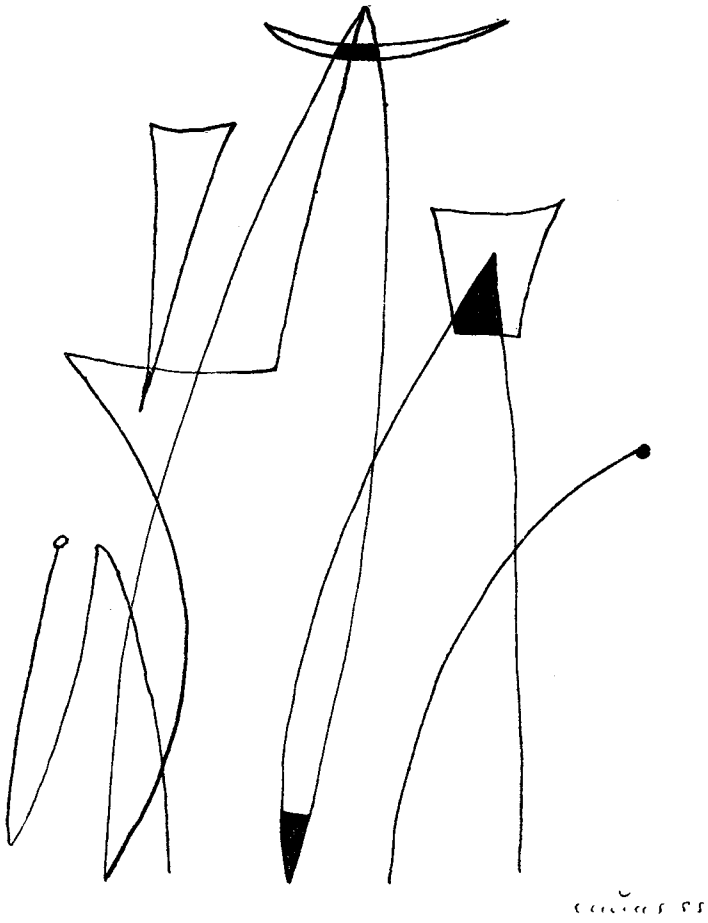

BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: VIENA, BANDUNG, TAIPEH

La guerra fría, que ha sido una de las características descollantes del mundo a partir de Yalta, ha entrado desde hace algunos años en período hiperbóreo. En el Oriente Medio, la derrota del Kremlin en Azerbaidján ha estacionado los frentes. Se observa análoga evolución en Europa después del golpe de Estado de los soviets en Praga, la proclamación de la doctrina Truman y el bloqueo de Berlín. A partir de entonces, sólo se ha producido una guerra de trincheras. Cierto que pueden observarse acciones de los comandos políticos, movimientos de patrullas e incluso hostigamiento de posiciones. Pero todo ello termina, por lo general, en mera indecisión. Porque las posiciones principales se mantienen invariables.

Por otra parte, en el Extremo Oriente existe guerra de movimientos. Se libran importantes batallas. Y el mundo libre pierde la China, el Tibet y el Vietnam septentrional. Hace menos de un año que fuimos testigos del derrumbamiento de Ginebra, del que sufrimos todavía. Y, sin embargo, el frente que fué roto el 20 de julio de 1954 no se ha restablecido todavía. En medio de estos desastres sólo el Pacto de Manila abre perspectivas más estimulantes para el futuro.

Así, pues, a la guerra estacionaria de Europa y del Oriente Medio se unen las operaciones de retirada y de consolidación en el Extremo Oriente. Esta situación parece que ha de cambiar ahora y los acontecimientos de esta primavera así lo indican.

NOVEDADES DE VIENA.

El primer signo serio de esta evolución procede de Viena.

Austria contaba con una promesa de liberación desde la famosa Conferencia de Moscú del año 1943. Y nada más justo, ya que este país había sido víctima del expansionismo hitleriano en 1938. Por otra parte, el *Anschluss* había sido estimulado, casi estaría uno tentado a decir que por instigación de ciertos Gobiernos occidentales que de este modo esperaban derivar la atención del *Reich* nacionalsocialista hacia el Oriente europeo.

Pero una vez vencida Alemania en mayo de 1945, se relegaron al olvido las piadosas declaraciones. En lugar de conceder su independencia a los austríacos, se los sumió en un régimen de ocupa-

ción militar extranjera. Por último, hacia 1947, los Estados Unidos redactaron y sometieron un proyecto de Tratado de Estado que —según se dijo—habría de poner fin a una situación intolerable.

La historia de este curioso documento no ha sido escrita aún y, desde luego, es dudoso que se escriba algún día. Se desconoce incluso su paternidad, y las pesquisas realizadas al efecto no parecen tener fin. Este proyecto que se dice norteamericano contenía una serie de disposiciones contrarias a los intereses occidentales. Si lo hubiera escrito Moscú, apenas se diferenciaría del original. Y como sería absurdo sospechar de la lealtad del Jefe del Departamento de Estado del Presidente Truman, hay que suponer que aquél aprobó sin leerlos aquellos papeles que se le presentaban. Por otra parte, existen indicios bastante concluyentes en este sentido.

Pese al carácter francamente favorable a las miras rusas, Moscú se negó a suscribir un acuerdo. Las reuniones de los delegados transcurrieron sin éxito y los representantes soviéticos presentaron demandas manifiestamente absurdas con objeto de dilatar cualquier decisión. A fuerza de obstrucciones, los rusos obtuvieron ventajas adicionales, y durante varios años pudieron utilizar a Austria como punto de partida para sus servicios de información y de propaganda. Por añadidura, pudieron explotar las riquezas del subsuelo de su Zona, en provecho exclusivamente propio.

De esta forma, el "no" soviético al Tratado de Estado austríaco se ha convertido en un axioma de la política internacional. Los occidentales llegaron a las negociaciones con la certidumbre de que éstas habrían de terminar nuevamente, después de interminables discusiones, en una negativa de la delegación rusa.

A principios de este año—más exactamente, en el mes de febrero—el Kremlin cambió tajantemente la táctica. La Embajada de Austria en Moscú recibió una invitación dirigida a los ministros austríacos para acudir a estudiar el Tratado en la capital soviética. La Misión, dirigida por el Canciller Raab, llegó el lunes de Pascua, y con gran sorpresa encontró a los rusos no sólo dispuestos a suscribir un acuerdo, sino también a ceder sobre ciertos puntos, a condición de que Austria accediera a declararse neutral en el pleito Este-Oeste. No hay duda de que el Tratado sigue conteniendo todavía disposiciones injustas y muy peligrosas para el porvenir; pero no es menos cierto que es mejor que el texto salido de Wáshington hace siete años.

Este súbito e imprevisto cambio de los soviets ha sorprendido grandemente a los observadores. Febrilmente investigan en los po-

sibles móviles. Se habla de una maniobra psicológica dirigida sobre Alemania. Es indudable que consideraciones parecidas han representado un cierto papel en el caso; pero la actitud de los negociadores rusos, de abandonar una situación de principio para subordinar la solución austríaca a un reglamento alemán, prueba que aquellas razones no constituyen el pensamiento predominante de la sorprendente decisión soviética. Ciertos comentaristas norteamericanos sostienen la tesis de que Moscú limita sus compromisos en el Oeste con objeto de conservar libres las manos en el Este. Ello parece bastante improbable precisamente en la hora en que el comunismo tiene motivos para esperar triunfos incruentos y relativamente fáciles de cara al porvenir inmediato.

En realidad, es muy probable que la nueva política rusa sea debida a los Acuerdos de París y de Londres. Los soviets declinaron su actitud negativa frente a Austria en cuanto pareció inevitable una ratificación del Tratado. Esta postura está perfectamente en la línea de su profundo realismo. En efecto, los Acuerdos que reemplazaban a la Comunidad Europea de Defensa dieron a Europa nueva robustez. Si esta energía es sólo potencial en esta primavera de 1955, se convertirá en una realidad de aquí a veinticuatro meses, corto plazo de tiempo hablando históricamente. Ahora bien: Austria, como consecuencia de su ocupación tetrapartita, ha sido una parte de Europa sobre la cual no ha caído el telón de acero. Los rusos se aprovecharon de ella abundantemente, estableciendo en la Zona soviética de Viena sus agencias más peligrosas, tales como la Federación Mundial de Sindicatos, el Consejo de la Paz, etc. Porque ellos sabían que la utilización efectiva de una energía fuerte y determinada puede hacerse un lugar allí donde las demarcaciones no son claras. Reconociendo que el Occidente se convertiría en poco tiempo en un factor con el que habría que contar, era lógico para los rusos aclarar la situación haciendo, en consecuencia, una retirada estratégica. Y si ello se realizó al precio de concesiones, éstas se han logrado gracias sobre todo a la paciencia y a la energía austríacas, que supieron aprovechar el momento propicio.

Si de esta forma los acontecimientos de Viena constituyen el primer éxito de la política de integración europea y dan motivo a esperanzas de nuevos avances, será bastante aventurado esperar, a partir de ahora, acontecimientos sensacionales en Occidente. Se habla de un ofrecimiento soviético para la unificación de Alemania. Es posible. Existe, sin embargo, el temor de que esta oferta haya sido formulada en condiciones difícilmente aceptables para Bonn y sin una voluntad seria de superación. La observación hecha por

un brillante periodista de que "la reunificación alemana no es deseada por los soviets, ya que la esperanza de obtenerla es para ellos su arma más poderosa", nos parece justa.

LA CONFERENCIA DE BANDUNG

Al mismo tiempo que los delegados austríacos regresaban de Moscú, los representantes de Asia y de Africa se reunían en Bandung (Indonesia) en la Primera Conferencia Internacional de pueblos de color.

Esta Conferencia ha sido seguida con viva inquietud por los occidentales. Se creía que los neutralistas—y también los comunistas—triunfarían en esta ocasión. El temor era justificado. Porque cada vez que se hablaba de dirigentes asiáticos, sólo se pensaba en hombre como Nehru, Sastroamigjojo o Chu En-Lai. El monopolio de los "grandes" estaba tan bien establecido, que todos ellos contribuirían a un éxito fácil para su doctrina del neutralismo.

Todo esto encerraba un grave error. En lugar de servir de platafoma oratoria para Nehru y Chu, Bandung contempló la feliz aparición de nuevos dirigentes. Sólidamente apoyados por los filipinos, al mando del general Rómulo, por los liberianos de Momolu Dukuly, por los thailandeses del príncipe Wan Waithayakon y por los turcos de Fatin Rustu Zorlu, dos delegados sobre todos asestaron terribles golpes a las esperanzas de comunistas y de neutralistas. Estos dos hombres eran: el primer ministro de Ceilán, sir John Kotelawala, y el delegado jefe del Irak, doctor Fadhil al-Jamali. Ambos son auténticos representantes del espíritu de los pueblos asiáticos, y se constituyeron en la verdadera revelación de Bandung. Y si Chu En-Lai tuvo personalmente algún éxito debido a su gran habilidad diplomática, el gran vencido de las jornadas de Bandung fué Pandit Nehru. El hindú perdió no sólo la aureola de jefe indiscutible de los pueblos de color; su propio prestigio personal se derrumbó completamente. En lugar de defenderse como un estadista, el primer ministro de la India mostró que no es sino un político que tuvo la fortuna de arroparse en la gloria de un gran muerto: Gandhi.

Bandung reveló al mundo dos hechos de importancia capital; hechos que, desde luego, escaparon, como es natural, a la mayor parte de nuestros observadores oficiales y oficiosos de la profesión.

El primer hecho consiste en que los pequeños Estados de color, al apercibirse de las garantías que les ofrecen los recientes pactos

de seguridad mutua, muestran tendencia a emanciparse de la tutela moral de los grandes. En Bandung se ha presentado una auténtica liberación de ciertos países y un debate enérgico y vigoroso que augura favorablemente el desarrollo futuro de la conciencia nacional de Asia.

Pero aún es más importante el robustecimiento y la reafirmación del espíritu de independencia en un punto netamente anticomunista. Y ello por muy buenas razones.

En efecto, la reacción fundamental del asiático es un anticolonialismo feroz. Es comprensible. Quienquiera que haya viajado por aquellos países ha podido observar las profundas raíces de este sentimiento. Contrariamente a la política practicada por españoles y portugueses, la mayor parte de las restantes naciones coloniales, —y sobre todo los anglosajones—han afirmado siempre una superioridad racial. La "color-line" es la prueba más concluyente. Y todo esto condujo y conduce inevitablemente al odio contra los blancos.

Se creía—sobre todo en Moscú—que este anticolonialismo podría ser uno de los sentimientos justificados que el comunismo podría explotar con objeto de convertirlo en vehículo de su propaganda totalitaria. Este cálculo resultó fallido. Porque el conocimiento de la independencia de las Filipinas por los Estados Unidos, la actitud norteamericana frente al Presidente Syggman Rhee y la retirada de los ingleses de la India y de Birmania..., presentaron a los occidentales bajo una luz más favorable.

Por otra parte, los pueblos asiáticos, más que los occidentales, consumaron el carácter francamente colonialista-imperialista del Eje Peiping-Moscú. Sir John Kotelawala expresó bien este sentimiento cuando, con la aprobación de numerosos delegados, expuso vigorosamente no sólo el colonialismo soviético en el Este europeo, sino también el imperialismo ruso, que oprime a 70 millones de musulmanes y de numerosos budistas en Siberia, sin hablar de la reciente expansión hacia el Sinkiang y la Mogolia. Con razón pudo subrayar sir John el hecho de que una colonia no necesita estar separada de la madre patria por el mar. Porque, en el caso de Rusia, ésta ha edificado su imperio sojuzgando a millones de asiáticos que tuvieron la desgracia de vivir junto a sus fronteras. Por lo demás, la acción subversiva de Peiping, las conspiraciones de los chinos en el extranjero contra los países que los acogieron hospitalariamente, junto con la abierta agresión de las fuerzas de Mao Tse-Tung al Tibet y el Vietman, sin hablar de Corea..., conduje-

ron rápidamente a los pueblos asiáticos a asociar la idea de imperialismo y de colonialismo con la idea de comunismo.

Esta evolución tan reciente es de importancia capital, y representa el triunfo más resonante de las fuerzas de la libertad en Asia desde hace muchos años. La continuidad de este estado de espíritu dependerá, en lo sucesivo, del tacto y de la sagacidad de los occidentales. Porque nunca se vencerá al comunismo en Asia si no es por el esfuerzo y la acción de auténticos asiáticos como Kotelawala, Fadhil al-Jamali o el Mariscal Phibul Songgram. Occidente puede prestar ayuda a estas fuerzas. Pero debe abandonar, en absoluto, la idea de dirigirlas. Porque, si los asiáticos combaten la tiranía de los comunistas, es para asegurar su propia libertad e independencia.

PELIGRO EN FORMOSA

Si Viena provocó un optimismo atemperado por una elemental prudencia, y si Bandung ha constituído un triunfo para la causa de la libertad, el desarrollo de la situación en Formosa da origen a una inquietud bien comprensible.

Una mirada al mapa prueba ya la importancia de la isla. Cierto que se afirma que las posiciones estratégicas no cuentan ya, cuando hay quien se apresta a utilizar la bomba de hidrógeno. Es posible. Pero está lejos de ser un hecho cercano. Con excesiva frecuencia ya se afirma injustamente que tal o cual invención ha cambiado todas las ideas fundamentales sobre el problema militar. A riesgo de ser considerado como un viejo reaccionario, expresaremos, sin embargo, que sería peligroso predecir ahora los efectos de las nuevas armas sobre la estrategia y que, en la perspectiva de una lucha de supervivencia siempre posible, es mejor asegurarse doblemente que especular sobre un futuro incierto.

Hoy en día no se habla, o no se habla todavía, de abandonar a los comunistas lo que resta de la China nacional. Pero fuerzas occidentales de consideración inducen a evacuar a los nacionalistas las islas de Matsu y Quemoy. Incluso se dijo que semejante abandono reforzaría la posición de Formosa.

No hay duda de que existen fuertes argumentos en favor de la política propugnada por Londres. No sin razón, los ingleses sostienen que el ejemplo del Japón muestra que un ejército moderno puede ocupar toda la China. Y China está en peligro de hundimiento. Si ha de declararse una guerra, Occidente sólo podría ga-

narla a condición de limitar las operaciones del Extremo Oriente a incursiones aéreas y a combates marítimos. Porque, según Londres, no habría que comprometerse en islas excesivamente cercanas al continente.

Si este razonamiento inglés no puede ser refutado de primer intento, al menos se contradice con consideraciones de orden diferente. En efecto, Chang Kai-Chek no es formosano, es chino. Si él y su ejército se mantienen en Taipeh, se debe únicamente a la esperanza de volver un día a la madre patria. Así, pues, las pequeñas islas próximas a la costa son una etapa hacia el continente. Una vez abandonadas, la esperanza del retorno será mínima. Y entonces habría que temer por la moral de las fuerzas nacionalistas, que se desfondaría de golpe. Y sobre todo, porque un triunfo similar al obtenido sobre las islas Tachen reforzaría el mito de invencibilidad de Mao Tse-Tung. Sin embargo, no es del todo cierto que después de un nuevo fracaso se pueda sostener todavía a Formosa y a Los Pescadores. El peligro de acontecimientos internos en Taiwan sería real.

Desde este punto de vista, la evacuación de Matsu y de Quemoy puede ocasionar repercusiones fatales sobre la seguridad del Pacífico. Y los comunistas se aprovecharán de la máxima de que nada atrae tanto como el triunfo. Sobre todo si no perdemos de vista el peligro que amenaza al mundo libre con las elecciones vietnamitas en julio del próximo año.

* * *

Estos acontecimientos contienen para nosotros enseñanzas importantes. Nuevamente se ha comprobado que una política de firmeza, tal como la que expresaron los Pactos de París y de Londres, junto con una buena diplomacia, son un elemento de paz. Fuimos testigos de ello en Viena. De otra parte, Bandung nos muestra que las fuerzas anticomunistas son más poderosas hoy día en el mundo de lo que se cree en general. Somos propicios con frecuencia a desestimar el potencial de nuestro campo. Los dos hechos mencionados probarán que en la hora actual la timidez no es admisible. Porque puede hacernos perder las ventajas conquistadas y puede destruir nuestras justificadas esperanzas. Empero, esas lecciones de Viena y de Bandung no deberían olvidarse a la hora en que se decida la suerte de Matsu y de Quemoy.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UN MANUAL FRANCES DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

El nombre de Charles V. Aubrun, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de París, figura merecidamente entre los de los primeros hispanistas franceses. Ha editado, con J. F. Montesinos, *Peribáñez y el comendador de Ocaña* (Hachette, 1943): "One of the best editions of the *comedia* yet published", opina C. Brueton *(HR.*, XVII, 1949, pág. 35); *Le chansonnier espagnol d'Herberay (XV^e siècle)* (Féret, Bordeaux, 1951). Entre sus últimos artículos aparecidos merecen destacarse: *Un traité de l'Amour attribué à Juan de Mena (BHi.*, L, 1948, págs. 333-344); *La métrique du Mio Cid est regulière (BHi.*, XLIX, 1947, págs. 332-372), y *Chansonniers musicaux espagnols du XVII^e siècle (BHi.*, LII, 1950, págs. 313-347). Ha dedicado también particular atención a los temas hispanoamericanos: Bolívar: *Lettres, discours, proclamations (traduction)*. Stock, 1932, y *L'Amérique Centrale*. Presses Universitaires de France, 1952. Y en 1954, *Histoire des lettres hispano-américaines* (Librairie Armand Colin).

Charles V. Aubrun no se propuso, al escribir su manual, realizar una obra exhaustiva, erudita. El libro tiene indudable interés por otras razones: su visión, nueva, de datos y hechos sobradamente conocidos. No encierra pequeño mérito cribar títulos y distinguir las líneas fundamentales en la evolución de la literatura hispanoamericana, con circunstancias comunes, sí, pero con evidente desproporción entre el índice copioso de nombres y el valor de las obras. Le ha faltado a Hispanoamérica—¿le falta todavía?—el lento madurar de los motivos clásicos, el ritmo histórico vivido sin apresuramientos.

Aubrun estudia honradamente el problema de la deuda de Hispanoamérica con España. Deuda absoluta hasta 1750; de menos cuantía hasta 1890 y el momento actual. La influencia de Francia a partir de 1750 rivaliza con la española. Distingue Aubrun cuatro etapas en su historia: primera, el milagro del descubrimiento; segunda, la *belle époque*, preciosismo y artificio, afectación; tercera, a caballo entre el XVIII y el XIX, siglo de las luces, a la sombra de Francia y, más lejos, de Inglaterra y la confederación del Norte; cuarta, época de adolescencia y precipitada madurez; cada pueblo, después de la crisis impuesta por la autonomía, afronta problemas concretos: reforma agraria, industrialización, elementos indígenas. A esas cuatro etapas corresponden notas fundamentales: humanis-

mo-historia, cultura-preciosismo, luces y *belles lettres*, literatura al servicio de los ideales revolucionarios. Predominan en cada siglo uno o más géneros: XVI, historia; XVII y XVIII, poesía; XVIII y XIX, ensayo; luego, poesía y novela.

Aubrun escribe su libro sin precisar el lugar de nacimiento de los autores estudiados. Este criterio encontrará fuerte oposición en los países hispanoamericanos, movidos por un nacionalismo extremado. Antes de 1750—contesta Aubrun—no puede hablarse de naciones; entre 1750 y 1890, cada pueblo pretende trazar sus fronteras espirituales; a partir de 1890, los mejores se sienten unidos en un destino común. Rubén Darío, por ejemplo—ejemplo máximo—, ¿puede considerarse ligado al suelo nicaragüense de un modo fatal?

El libro de Aubrun—en estilo sencillo, con envidiable claridad—prestará un útil servicio: por primera vez se ha escrito la historia de toda la literatura hispanoamericana en lengua francesa y con ese alcance. Hemos de agradecerle los españoles su criterio imparcial (véanse páginas 19, 33-34). Y también el reconocimiento de su deuda con valiosos hispanoamericanos e hispanoamericanistas: Sánchez Alonso, Menéndez Pelayo, Luis Alberto Sánchez, Federico de Onís, Agustín del Saz, Max Daireaux.

A. CARBALLO PICAZO

AL MARGEN DE UNA EXPOSICION: EL MUNDO DE MARTIN ZEROLO

Yo, que no soy crítico de arte, no voy a hablar de la exposición de pinturas de Martín Zerolo—celebrada en la Sala "Clan" durante el mes de febrero—como podría hacerlo un especialista capaz de valorar las calidades de la materia empleada o la estructura plástica de cada cuadro. A mí me ha llamado la atención tanto la plástica de Martín Zerolo como lo que hay, o uno adivina, detrás de su plástica. Ya sé que esto sonará mal en los oídos de los "pintores puros", que afirman que un cuadro se agota en su pura formalidad plástica. Y me temo que el lector de esta nota quede convencido de que estamos ante uno de esos pintores llamados "literarios". No me importa, ni creo que al pintor canario Zerolo deba importarle demasiado. Si además de buena plástica hay en sus cuadros

otra cosa—eso que llaman "literatura"—, mejor para él y para todos.

Me ha llamado la atención, digo, el mundo que hay detrás de los cuadros de este pintor. Por fuerza, a los escritores—y pienso que a los pintores también debería atraerles—tiene que llamarnos la atención ese mundo ásperamente real que Zerolo traslada, mediante una excelente operación artística, a sus cuadros. Zerolo está, en este sentido, en la mejor tradición artística española: plástica y literaria. Su mundo es el mundo de *La Celestina,* el mundo de nuestra novela picaresca, el mundo de la pintura negra de Goya o de las carnavaladas solanescas. Detrás de los lienzos de este pintor canario se agita el mundo del que, en nuestro tiempo, están dando testimonio las cámaras del cine neorrealista italiano y toda la literatura contemporánea, construída sobre una fuerte base documental. Es el mundo, o inframundo, en el que sueñan y se corrompen las vicetiples de los últimos teatros de revista, en que se pintarrajea un payaso humilde, en que vive como una planta enferma la vieja cerillera mientras un cura triste baja al Metro, en que las niñas huérfanas uniformadas forman en la procesión del Domingo de Ramos, en que los novios se abrazan aburridos en el café, en que las habitaciones son destartaladas y vacías, en que la niña convaleciente abre, sin saber por qué, sus grandes ojos tristes. Este es el mundo del que Martín Zerolo nos trae su dolorido testimonio.

Por lo demás, este pintor trae también—naturalmente—"pintura". Pero de la pintura, que hablen los críticos de arte.

ALFONSO SASTRE

¿LOS ESTUDIOS, LA MUERTE DEL CINE?

No hace mucho ha dicho Orson Welles: "Los estudios son la muerte del cine. Mientras no se haga tabla rasa de todos los decorados, de todos los cielos falsos, de todo lo artificial, sobre lo que se edifican el 90 por 100 de las películas actuales, no debemos esperar nada del cine. La televisión, sí, se ve forzada todavía a recurrir a los estudios; pero la cámara cinematográfica puede trasladarse a cualquier lugar y escoger cualquier escenario, por natural que sea. Todo es falso en una película rodada en el interior

de un estudio. El artista debe, en estos casos, mantener un constante esfuerzo para encontrarse ambientado."

Nos parecen muy interesantes estas ideas de Orson Welles, el actor que protagonizó sobre el suelo y en el subsuelo real de la Viena internacionalizada de la posguerra aquellas escenas inolvidables, antológicas, modelo de cine perfecto, de *El tercer hombre.* El mismo actor, a quien vimos afectadamente teatral en su *Otelo,* rodeado de esos cielos falsos, de esos decorados que, a juicio del propio Welles, hacen imposible la creación de una obra cinematográfica. Y es que el concepto mismo de *obra cinematográfica* ha evolucionado sustancialmente desde los primeros tiempos del cine a nuestros días.

Para las primeras generaciones de espectadores, el cinematógrafo (con todo el rancio sonido que tiene ya hoy para nosotros esa larga palabra, sustituída por la más fácil, más movida, como corresponde a su misma condición, de *cine)* era, antes que nada y por encima de cualquier otra cosa, un *espectáculo.* Posteriormente, y sobre todo en nuestros días, el cine ha comenzado a ser considerado como un *arte.* Los gustos podrán dividirse y las apreciaciones ser diferentes, como diferentes son la categoría intelectual y la permeabilidad sensitiva de los espectadores: para muchos, aun ahora, el cine continuará siendo primordialmente *espectáculo;* para otros, tal vez en minoría, habrá de ser *arte,* si se quiere que sea algo. La publicidad, el hombre comercial, sabrá presentar al mismo tiempo estas dos caras del cine para contentar a todos y sacar beneficio de todos: las películas figurarán anunciadas bajo el rótulo genérico, casi invariable, de *espectáculos,* sin que esto excluya el que en los *slogans* publicitarios se recurra numerosas veces a la frase sobada, al tópico estereotipado, que califica a la película en cuestión como "una obra maestra del séptimo *arte*".

Para quienes lo aman de verdad, el cine es, y no puede ser otra cosa, que un arte. Arte complejísimo y completísimo, en el que pueden darse cita, y de hecho se la dan, lo visual y lo acústico, la forma y el color, las palabras y los silencios, el reino sensible y el insensible, la naturaleza y la Gracia, el hombre y hasta el mismo Dios. Y, como todo arte, será tanto más excelso cuanto en mayor grado sea capaz de poner en comunicación al hombre con ese algo impalpable, inefable, indefinible que es la Belleza, lo Bello.

Pero no olvidemos que no hay Belleza sin Verdad. Lo falso nunca podrá ser bello y, por tanto, nunca podrá ser arte. Quizá por esta razón decía Orson Welles que con escayolas, decorados y cielos falsos—*mentira, falsedad*—no se puede hacer nunca buen

cine—*arte, obra bella*—. Y tal vez por este mismo motivo se ha dado tan poco arte hasta ahora en el cine español.

A nuestro cine le falta hacer eso que, en tiempos felizmente ya pasados, de aciago acontecer político, se propugnada como único medio para salvar del achabacanamiento marxista y del caos a nuestra patria: *echarse a la calle.* España se echó a la calle, y volvió a recobrar sus más puras esencias como entidad histórica. Pues algo de eso, decíamos, le falta a nuestro cine: echarse a la calle, con el doble sentido, real y figurado, pero íntimamente unidos en este caso entre sí, que encierra la frase. Echese nuestro cine, échense las cámaras de nuestros productores a la calle, a las calles de nuestras ciudades, a las calles de nuestros pueblos, a las calles de nuestros campos. Abandonen para siempre los interiores de castillos medievales, en los que asoma descarada la pobretona escayola; las ferias sevillanas, fingidas en los estudios; las habitaciones de hogares campesinos, fabricadas en el frío y convencional ambiente de los *platós.* Nuestro cine necesita aire, sol abierto, agua, luz pura, olor verdadero a campo, a hogaza pueblerina, a humo irrespirable de fábricas o de nuestras calles urbanas. En una palabra: necesita *verdad.*

Es realmente triste que, teniendo tan cerca ejemplos tan reveladores, el cine español no haya caído en la cuenta o, lo que sería aún peor, no quiera caer en la cuenta de lo que constituye, a nuestro modo de ver, su defecto capital. A dos pasos de nosotros, no sólo geográficamente, sino hasta por cultura y temperamento, está el cine italiano. Un cine al que las circunstancias extrínsecas de una guerra perdida y el sentido artístico de un grupo de hombres providenciales *echarón a la calle.* Y ahí tenemos, para lección y para modelo, películas como *Roma, ciudad abierta, Ladrón de bicicletas, Prima Communione, Quattro passi fra le nuvole, Pan, amor y fantasía,* por sólo citar unos cuantos títulos. El éxito de estas películas no reside en otra virtud que en ésta: se ha salido del *plató,* se han abandonado las escayolas, los equipos se han trasladado a las calles, a los campos, a la realidad exterior finamente observada de la vida italiana, e inmersos en ese ambiente realísimamente reflejado, se ha situado a los fingidos personajes reales de una fábula verosímilmente concebida.

Porque ese salir a la calle, al cielo libre, comporta necesariamente una segunda e inestimable ventaja: que los asuntos, los temas cinematográficos abordados tienen mayores probabilidades de ser asimismo reales; y, como reales, bellos; y, como bellos, *arte.* Ya sabemos que las llamadas películas *históricas* (más o menos his-

tóricas, por otra parte, naturalmente) podrán prestarse a resultar más espectaculares; pero en muy contados casos llegarán a ser más artísticas. En ellas, generalmente, el decorado se comerá al cielo, la gola hará que salga *engolada* la voz del artista, los terciopelos y brocados del vestuario arroparán tanto el alma del ser humano que perecerá ahogada. Y si el alma queda ahogada, habrá perdido la obra, que pretendía ser artística, el espíritu. Y sin espíritu es imposible que se dé verdadera belleza.

Hacemos nuestros más fervientes votos por que el cine español comprenda que no hay un autobús más bello que un autobús verdadero; una calle pueblerina más bella que una calle pueblerina verdadera; un remiendo en el traje de un labriego más bello que un remiendo en el traje de un labriego verdadero; un alma de hombre, de mujer, de niño más bella que un alma de hombre, de mujer, de niño verdadero. El arte, naturalmente, podrá depurar y deberá depurar, en algunos casos, la realidad. Pero *depurar* no quiere decir nunca *falsear*, y *realidad* siempre querrá decir *realidad*.

JOSÉ M.ª ORTIZ DE SOLÓRZANO

"EL VIEJO Y EL MAR" Y LA CRITICA INGLESA

La crítica literaria inglesa no se caracteriza precisamente por su rapidez de juicio ni por su agudeza; padece, más bien, de algunos males crónicos, tales como un "conservadorismo" a ultranza. En ocasiones, los críticos ingleses necesitan varios años y aun décadas para reconocer sin regateos valores literarios que sus colegas franceses captaron de inmediato. Estos males ingleses, por muchas y comprensibles razones, se agravan en todo lo relacionado con la literatura norteamericana.

Hoy se admite, por regla general, que *El viejo y el mar* es una de las mejores novelas de Hemingway. Ciertos críticos llegan incluso a considerarla como una de las obras maestras del siglo actual. La fuerza poética y literaria de la historia del viejo pescador y su gran pez se ha impuesto por sí misma. En 1952, sin embargo, cuando se publicó la edición inglesa de *The Old Man and the Sea*, el libro fué acogido con una marcada frialdad. El Suplemento Literario de *The Times*—uno de los tribunales supremos de la crítica

británica—vió en la última obra de Hemingway un síntoma más de una decadencia irreversible.

"Ninguno de los destacados escritores de nuestro tiempo—escribía en aquella ocasión el crítico del semanario mencionado—parece haber llegado a un agarrotamiento tan sin esperanza como el de Mr. Hemingway." Y aunque reconocía que la historia estaba contada "cuidadosa y expresivamente", en una prosa que alcanza un punto cumbre durante el ataque de los tiburones, acusaba al escritor, entre otras cosas, de "preciosismo" y de emplear tipos generalizados, "que no pueden reemplazar a la gente real que nos ofreció una vez". La novela podía muy bien haber sido escrita por cualquier escritor de muchas menos dotes que Ernest Hemingway. "¿Serán el pescador y el chico prototipos de Mr. Hemingway tal como es ahora y de Mr. Hemingway tal como fué en los veintes? ¿Es el enorme pez una gran obra maltratada por los críticos?", preguntaba irónicamente el Suplemento Literario.

Al cabo de dos años podemos contestar sin titubeos que *El viejo y el mar,* al menos, no ha sufrido la suerte del gran pez y no ha podido ser devorado por los tiburones. En cuanto a la obra total de Hemingway, quizá quede algún día reducida, como el pez del viejo pescador, a un bello esqueleto, que los mordiscos de la crítica no han sido capaces de afear. Siempre quedarán restos de su grandeza.

EL LIBRO DE LAS MÁQUINAS DEL FILÓSOFO DE "EREWHON"

Algunas de las profecías del filósofo que revolucionó *Erewhon* son ya, desde hace tiempo, hechos consumados; algunas otras no tardarán en cumplirse. ¿Sabremos nosotros seguir el ejemplo de los antimaquinistas de *Erewhon* y detener—o al menos humanizar—la evolución de las máquinas?

Cuando Samuel Butler publicó, en 1872, su utopía *Erewhon,* ciertos comentaristas de entonces quisieron ver en el *Libro de las máquinas,* incluído en el relato, una reducción al absurdo de las teorías de Darwin. Esto era verdad en parte, a pesar de las intenciones del propio Butler, convencido darvinista. Pero, sobre todo, los fragmentos del ficticio filósofo fueron un prematuro aviso de los peligros de un maquinismo desenfrenado.

"Así como la vida animal se ha originado de la vegetal, y ésta a su vez de la mineral, no hay ninguna imposibilidad en que las

máquinas engendren por evolución un tipo de vida superior al humano", pensaba, poco más o menos, el sabio. Por otra parte, las máquinas se alimentan y reproducen como los animales, aunque, como era de esperar, realicen estas funciones de una manera peculiar. Las máquinas, además—y esto es lo asombroso—, se perfeccionan y evolucionan en la lucha, también como los seres vivos. "Como las máquinas son incapaces de luchar por sí solas, han conseguido que el hombre luche por ellas", escribía el filósofo de *Erewhon.*

Todas estas cosas y el aterrador espectáculo del rápido desarrollo de las máquinas, siempre evolucionando hacia formas más complejas y autónomas, hacen pensar en la inminente posibilidad de que cobren vida propia y esclavicen a sus primitivos constructores. El creciente número de los que están atados a ellas y de los que ponen toda su alma en el progreso mecánico demuestra que las máquinas nos van ganando terreno día a día. Por eso los *erewhonianos,* hasta la prodigiosa huída de Mr. Higgs, las habían destruído por completo.

Acaso haya llegado el momento de tomar en serio estas ideas antimaquinistas; en la época de la cibernética y de la energía nuclear, mucho más que en los días de Butler, el *Libro de las máquinas* merece ser meditado. No deberíamos olvidar que los últimos prodigiosos adelantos técnicos se han originado por y para una monstruosa guerra entre máquinas manejadas, o más bien servidas, por los seres humanos.

RENACIMIENTO DE LA XILOGRAFÍA EN COLOR

La Exposición de xilografías en color que recorre los museos de Inglaterra—desde mayo hasta diciembre de 1955 podrá verse en las principales capitales europeas—, pone de manifiesto la importancia que está cobrando esta técnica en determinados sectores juveniles. La xilografía en color, casi extinguida en Inglaterra y en Francia, fué, sin embargo, uno de los medios preferidos de los "expresionismos" centroeuropeos y escandinavos, y en algunos países, tales como España, ha seguido una línea ininterrumpida de evolución, como arte gráfica independiente.

Las doscientas xilografías que constituyen esta Exposición Internacional representan a bastantes más de un centenar de artistas, en su inmensa mayoría jóvenes, pertenecientes a veinticinco naciones diferentes. Todas las tendencias artísticas están presentes en

la colección, cuya mayor parte son trabajos realizados en los cuatro últimos años; pero predomina en el conjunto, tanto por su mejor calidad media como por su universalidad, la abstracción geométrica. La xilografía en color es, desde luego, particularmente apropiada para este estilo, y las posibilidades que ofrece al artista son ilimitadas.

La obra del cubano López Dirube, cuya difícil originalidad va en aumento de año en año, es un buen ejemplo de ello. Junto a él podemos colocar al alemán Hermann Ober, al austríaco Slavi Souce y al finés Jaakko Somersalo, con técnicas más o menos complicadas y convincentes, pero los tres con una fuerte personalidad. Por su maestría, calidad y solidez se destaca el pintor abstracto alemán Nay, cuya influencia es visible en un extenso grupo de grabadores centroeuropeos.

Hubiera sido de desear que el artista español Juan Miró, el cual estaba trabajando últimamente en este campo, estuviera representado en la Exposición Internacional de Xilografía en color. No sabemos por qué razón esto no ha sido así. Quizá su obra no ha llegado a tiempo para la Exposición de Londres, pero figurará en las próximas que se celebren en el continente. Sería interesante comparar los resultados que ha obtenido Miró con algunas de las xilografías expuestas, muy cercanas en concepción al arte del maestro catalán.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO